

ÁLVARO DE LAIGLESIA

yo soy
Fulana
de Tal



La vida de la infeliz Mapi, meretriz por culpa de su mala suerte, contada por ella misma, desde su infancia hasta su primer «trabajo».

El humor generalmente bastante burro de Álvaro de Laiglesia se dulcifica en este relato, permitiéndose algo de ternura con su personaje.

La novela de mayor éxito de su autor, con innumerables reediciones y versión cinematográfica.

—Mi vida es una novela —me dijo ella.
—Sí —admití yo—. Pero una novela por entregas:
por entregas al primero que llega.
Y no se enfadó, porque era verdad.

EL AUTOR

PEDAZO PRIMERO

LO MALO QUE TIENE esto de escribir, es que hay que pensar un rato largo. Y con toda la cabeza. Porque hay pensamientos chiquitos, que sólo nos ocupan un cachetín de cerebro. Pero contar la vida de una, ya son palabras mayores. Y a mí, la verdad, el asunto escritura se me da fatal.

Soy demasiado nerviosa para estarme quieta en una silla mirando el techo y dándole a la pluma, como hacen por lo visto los escritores de verdad. Ellos, además, suelen ser unos viejales que ya no valen para otra cosa. Y así es más fácil tener la pachorra que requiere este trabajo. Pero a mi edad y con los nervios que yo tengo, que parecen rabos de lagartija recién cortados, a los cinco minutos de estar sentada me pica el pompis y tengo que levantarme sin haber pensado ni jota.

No obstante, como dice mi amiga Nati, que es muy re-dicha, me he puesto a ello varias veces y he obtenido algunos resultados.

Ayer, por ejemplo, después de darle muchas vueltas a la cabeza mientras la tenía metida en el secador de la peluquería, me vino a la memoria el primer recuerdo de mi infancia.

Desde que me dio la ventolera de escribir mi vida, aprovecho todos los momentos en que las circunstancias me obligan a estarme quietecita, para hacer ejercicios de pensar. En el baño mientras me jabono, y en lo que no es el baño cuando me levanto por las mañanas, procuro concentrarme para buscar ideas.

También lo intento cuando voy sola en taxi por calles que no me distraen, porque ya las he recorrido muchas veces, y cuando alterno con algún señor que me aburre porque sé que no le sacaré ningún provecho. Incluso en el dentista, al que fui tres días seguidos hace dos semanas para que me empastara una muela, me concentré también, aunque allí de poco me sirvió porque sólo conseguí pensar en el daño que iba a hacerme aquel salvaje con esa puñetita que da vueltas a una velocidad endiablada en la punta de un palo.

No desperdicio, como puede verse, ningún momento de quietud para exprimirme lo que unos llaman el coco, lo mismo que yo, y otros el intelecto, lo mismo que mi amiga Nati. Y donde más momentos de éstos tengo, es cuando mando mi cabeza al tinte.

(Así le llamo yo a ir a la peluquería, a teñirme de rubio esas malditas raíces de pelo, que me salen siempre morenas. ¿Serán tozudas las condenadas? A pesar de los años que llevo tiñéndomelas cada quince días de un dorado casi platino, ellas siguen sin darse por enteradas y continúan saliéndome más negras que un luto riguroso).

(¡Y luego dicen que la Naturaleza es sabia! Si lo fuera, tiempo de sobra ha tenido mi cuero cabelludo para chupar la tinta que le echan y aprender a criar los pelos del color que a mí me gusta. Digo yo, vamos).

El caso es que, siempre que mando mi cabeza al tinte —repito la frase porque a mí me parece muy ingeniosa—, dispongo de varias horas para hurgar en mis pensamientos. Y allí es donde más material voy sacando para esta historia.

Por cierto que Nati dice que mi peluquería es una paradoja, porque está en la calle de Rafael Calvo. Puede que yo sea menos exigente que Nati, pero a mí me parece una peluquería estupenda y no le veo la paradoja por ninguna parte.

El dueño es un hombre serio, maduro y nada marica, por cuyas manos han pasado —en el buen sentido— las

mejores mujeres de Madrid. Se llama Gustavín y es uno de los pocos en su gremio que no presume de ser «cufér por dams». Él es peluquero de señoras sin folklores franchutes, de los que llaman al pan pan y al pelo pelo. Y sus precios son económicos. No quiero decir con esto que cobre tan poco como un esquilador por rapar a una oveja; pero por bastante menos de cuarenta duros puede una pasar allí una tarde completa haciéndole a la cabellera toda clase de virguerías.

Gustavín, además, es discreto y servicial con su clientela. Me consta que ha evitado crímenes pasionales por docenas, diciendo a muchos maridos cuando llaman por teléfono que sus esposas estuvieron allí de cuatro a siete, o que aún no se han marchado, pero que no pueden ponerse porque están en el secador.

A esas esposas, naturalmente, nadie les ha visto el pelo aquella tarde en la peluquería. Pero yo comprendo que a las pobres señoras decentes tiene que resultarles muy monótono estar siempre con el mismo señor. Y me parece que Gustavo hace una obra de caridad muy meritoria proporcionándoles una coartada lógica para que puedan disfrutar de unas horas de expansión.

«¡Hay por ahí fulanos tan majos, que por desgracia no son el marido de una...!», pensarán esas señoras con razón.

Pero vayamos al grano, porque observo que me lo he dejado muy atrás. El grano era, si mal no recuerdo, contar cómo ayer le saqué provecho a la sesión de pensar que me aticé en la peluquería. Yo estaba algo cansada, porque la noche anterior estuve con un venezolano en un «flamenco», que habían organizado dos portugueses en casa de un diplomático turco. (Por cierto que el turco me regaló uno de esos gorros colorados en forma de flan, como los que llevan los eunucos y los vendedores de alfombras).

Cuando Gustavín me puso el casco y lo enchufó, empecé a pensar como tengo por costumbre. Pero con el cansancio y el runruneo del motorcillo, me entró una modorra

imponente. Cerré los ojos y me dije: «Te vas a quedar dormida como un leño. Manda al cuerno la sesión pensante, porque hoy no se te va a ocurrir ni un pajolero pensamiento».

Y mira por dónde, cuando me dejé llevar por la modorra me vino la inspiración. Primero dejé de ver todas las cosas que había a mi alrededor —frascos, espejos, chismes níquelados—, y después se me borraron todos los olores que entraban por mi nariz —jabón, «champú», pelos chamuscados—. Entonces, lo único que me quedó dentro de la cabeza fue el zumbido del secador. Y ese zumbido, poco a poco, fue agrandándose en mi duermevela hasta convertirse en el motor de un avión.

Pero no de un avión cualquiera, sino de uno que oí siendo muy chica, y cuyo ruido se me quedó grabado en eso que se llama inconsciente. Y al recordar el pedorroteo de aquel motor, me vino a la memoria un chorro de recuerdos claros y frescos, que son los primeros de mi vida y los que necesitaba para empezar a contarla.

PEDAZO 2

AQUELLA TARDE, yo debía de tener muy pocos años. Seis a lo sumo, o puede que ni eso.

Lo calculo con bastante exactitud, porque me consta que aquella tarde yo estaba sentada en la acera, a la puerta de mi casa, y no tenía bragas puestas. Y sólo a una niña de edad francamente corta, se le permite sentarse en mitad de la calle sin dicha prenda fundamental, sin que se arme follón e intervengan los guardias.

En los pueblos pobres y calientes como el mío, cuando el verano empieza a zurrar, nunca estuvo mal visto que la chiquillería anduviese ligera de ropa para combatir en lo posible el achicharramiento. Antiguamente se nos consideraba retrógrados por esta costumbre. Ahora, desde que los suecos y otros rubios avanzados descubrieron que es sano vivir en cueros, se nos considera precursores. A veces da la vuelta la tortilla del progreso, y pasan estas cosas.

No fue aquélla la única tarde que pasé sentada donde he dicho y sin la prenda que he mencionado, porque las aceras de mi calle eran las únicas del pueblo que estaban pavimentadas con losas de piedra. Y a mí, a falta de otra refrigeración mejor, me gustaba sentir el frío de las losas en la piel del trasero y de los muslos.

Dentro de nuestra casa, mi madre andaba guisando algún comistrajo con la ayuda de mí hermana mayor, que tenía afición a la culinaria y se daba mucha maña para practicarla.

—Algún día —solía decirnos madre (suprimo el «mi» porque tendría que repetirlo muchas veces y esto iba a pa-

recer una sinfonía)—, Candelaria llegará a ser la cocinera de unos duques. Porque ¡hay que ver cómo pela las algarrobas!

De lo cual pueden deducirse dos cosas: que éramos pobres porque comíamos algarrobas; y que éramos bastante ignorantes por añadidura, porque creíamos que también las comían los duques.

Ambas deducciones son acertadas, pues no puedo precisar si era mayor nuestra pobreza que nuestra ignorancia, o si era mayor todavía la viceversa. Pero es natural que no abunden la riqueza ni la ilustración en el hogar de un albañil manchego, cuyo jornal estaba más en el aire que las tejas que ponía.

Porque padre (al que también le quito el «mi» por la misma razón que a su cónyuge) no trabajaba con ningún contratista fijo ni pertenecía a ninguna cuadrilla determinada. Y no porque él no quisiera, pues a todo el mundo le gusta asegurar la regulación del cocido, sino que nadie le admitía debido a lo que él llamaba, para quitarle importancia, «su defectillo».

Este diminutivo era una especie de guante que el pobre hombre se ponía para ocultar los cuatro dedos machacados de su mano izquierda. Aquel machacamiento le vino siendo peón en una obra, de resultas de haber puesto la mano en el sitio donde una grúa iba a poner, al mismo tiempo, un bloque de granito.

La grúa, bruta y cegata como todas las máquinas, puso el bloque sin advertirle a padre que retirara los dedos. Desde entonces, el rendimiento paterno en los trabajos manuales quedó reducido a una sola mano y pico. El pico era el meñique de la izquierda, único superviviente de la catástrofe que sufrieron sus cuatro compañeros. Y aunque padre trataba de sacarle el máximo rendimiento, ya sabemos todos lo que es un meñique: una birria de deducho, que maldita la falta que nos hace.

En vista de lo cual, para sacar adelante a su familia, el buen hombre tuvo que dedicarse a la chapuza particular. Porque como contrapartida a sus cuatro dedos muertos, le quedaban en el mundo cuatro hijos vivos. Y los hijos pretendemos comer todos los días, aunque nuestros padres no puedan mover ni un dedo. Somos así de egoístas.

Como padre era mañoso, llegó a ser el mejor chapucero del pueblo y casi nunca le faltaba trabajo. Porque nuestro pueblo estaba en la Mancha. Y los pueblos manchegos, en general, debido al clima tan extremista que sufren, siempre se están cayendo a pedazos. Gracias a eso, padre rara vez estaba ocioso y nuestras mandíbulas tampoco.

Todas las chapuzas se las encargaban a él. Lo mismo reponía unas tejas rotas por el pedrisco, que tapaba con argamasa las grietas de una acequia para que no se saliera el agua.

Claro está que el jornal que ganaba chapuceando era pequeño, porque en España no había entonces ningún sindicato que defendiera los intereses del gremio de chapuceros. (Ahora, en cambio, cada maestrillo tiene su sindicatillo). Pero nos íbamos apañando a base de algarrobas, boniatos y alguna sardina.

Teníamos también bastante ropa gracias a tía Matilde, que trabajaba en un ropero de caridad fundado en Ciudad Real por unas señoras tontas. Tan tontas, que nunca sabían con exactitud cuántas prendas tenían en el almacén. Pero de tía Matilde, a la que Dios tendrá en su gloria si la policía no la tiene aún en la cárcel, hablaré más adelante si me acuerdo.

Ahora sólo quiero contar lo que sucedió aquella tarde de verano mientras yo me refrescaba el pompis en las losas de la acera, mientras madre hacía un comistrajo con ayuda de mi hermana Candelaria, y mientras padre realizaba una chapuza en algún lugar del pueblo. (En esto de escribir, hay que ir con cierto orden para no largarse por los cerros de doña Úbeda).

De pronto, empecé a oír un ruido muy fuerte que venía de lejos. Yo no pude explicarme la causa de aquel estrépito, porque nunca había escuchado nada igual. Pero una vecina, que tenía motivos para conocer mejor el mundo porque su marido era cartero, salió a la calle poniendo el grito en el cielo:

—¡Un avión!... ¡Un avión!...

Miré para arriba, hacia el sitio donde ella ponía el grito, y pude ver por primera vez lo que luego he visto muchas veces: un avión pequeño, de esos que se emplean en la guerra para perseguir a los grandes. Tenía una sola hélice en el morro y sus alas lanzaban reflejos metálicos.

Yo me agaché, porque me pareció que volaba cada vez más bajo y que me iba a caer encima. Pero pasó sobre mi cabeza sin tocarme, lanzando unos jadeos muy raros y escupiendo un chorro de humo negro por la parte del motor.

—¡Se va a escoñar! —gritó la mujer del cartero, olvidando por un momento la educación que adquirió leyendo los sobres de las cartas que repartía su marido.

Y su pronóstico se cumplió: poco después oímos un choque muy fuerte, seguido de una explosión que hizo temblar todas las paredes del pueblo. Mucha gente se echó a la calle y empezó a correr de un lado para otro, obligándome a levantarme de la acera para evitar que me diesen un pisotón.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaba un soñoliento, arrancado de su siesta por el estampido.

—Un avión ruso —dijo un entendido—, que venía con plomo en el ala y ha caído en las afueras del pueblo.

—¿Y dónde cayó? —quiso saber otro corretón, para orientar su carrera hacia el lugar del suceso.

—En el tejado del establo de la tía Honorina. Por suerte, todo el ganado que encierra allí estaba en el campo: las mulas arando, y las vacas pastando.

La cabeza de mi padre, sin embargo, tuvo menos suerte que las cabezas de ganado. Porque el pobre chapucero, en

el momento de caer el avión, estaba en el tejado del establo poniendo unas tejas por encargo de la dueña. Y quedó hecho papilla.

Aquella noche no cenamos. Por la pena por un lado; y porque madre, en su afán de ir a ver los restos de su marido, dejó que se quemara en el fogón el comistrajo que estaba preparando. Y al volver no paraba de llorar.

Yo también lloré como un grifo pasado de rosca, pues nada asusta tanto a los niños, como el llanto de las personas mayores. Ni siquiera el rugido de un león produce tanto miedo a la infancia como el espectáculo de un adulto gimiendo.

PEDAZO 3

CUANDO UNA OFICIALA de Gustavín desconectó el secador, porque ya mis pelos empezaban a oler a chamusquina, se me disipó la modorra y volví a la realidad. No obstante, como diría la redicha de Nati, el chorro de recuerdos surgidos mientras mi cabeza zumbaba dentro del casco, no se detuvo. Y en el rato que el peluquero tardó en marcarme, teñirme y darme reflejo para peinarme, que fue un rato largo, seguí viendo en la imaginación algunos trozos sueltos de la película de mi infancia.

Película ya vieja, rota y olvidada, porque en el cine de la vida el material envejece pronto.

La noticia de la caída del avión trajo al pueblo varios coches cargados de tipejos vestidos de uniforme, que procedían de la capital. Por ellos nos enteramos en el pueblo de que en España había estallado una de esas guerras que llaman «civiles» no sé por qué, pues casi siempre suelen dirigirlas los militares.

Por lo visto, aquellos individuos, uniformados con «monos» azules, eran rojos. Las cosas políticas son así de raras. Recuerdo que estuvieron varias horas rebuscando entre los escombros del establo de tía Honorina, para recobrar los restos del piloto que tripulaba el avión.

—¿Por qué se molestan en recobrarlos, si ya no sirven para nada? —razonó uno de los manchegos que presenciaban la búsqueda.

—Será —opinó otro— porque a lo mejor, devolviendo a Rusia los restos de este estropeado, envían uno nuevo.

Los restos fueron apareciendo cada uno por su lado, pues las caídas de avión tienen eso de malo: que además de ser mortales, dejan los cadáveres hechos una calamidad.

—¡Pobrecillo! —decían los buscadores, cada vez que encontraban un pedazo—. Si al menos estuviera enterito, daría menos pena.

—Es cierto —les daban la razón por lo bajo unas beatas—. Los muertos troceados entristecen más, porque se comprende que tropezarán con muchísimas dificultades cuando suene la hora de la resurrección de la carne.

Mediada la búsqueda, se produjo entre los buscadores un instante de estupor.

—¡Qué piloto tan raro! —dijo uno de ellos, mostrando el pedazo que acababa de encontrar entre unos ladrillos y unos metales retorcidos del fuselaje.

—No veo la rareza por ninguna parte —se extrañó otro, examinando el hallazgo—. Esto es un brazo vulgar y corriente.

—En efecto, es un brazo —admitió el primero—. Lo raro precisamente es eso: que éste es el tercer brazo que encontramos. Y los pilotos, en general, sólo tienen dos.

—En España, sí —admitió el otro—. Pero como este piloto es ruso, y en el extranjero están más adelantados que nosotros...

Pero cuando todos los buscadores empezaban a alabar los adelantos soviéticos, el alcalde les chafó su admiración diciéndoles que aquel brazo no era uno supletorio del piloto, sino que pertenecía a la pareja con la que se apañó en vida mi padre.

Se quedaron un poco chafados, pero a partir de aquel momento los buscadores fueron haciendo dos montoncitos con los restos que iban recuperando: uno con los del piloto, y otro con los del albañil. Y como el que parte y reparte se lleva siempre la mejor parte, yo sospecho que aquellos militares arrimaron el ascua a su sardina y se quedaron con más restos de los que les correspondían. Sólo así se explica

que, al terminar la búsqueda, el montón del piloto abultaba casi el doble que el de mi padre.

—Estaría más flaco —se encogieron de hombros los tipejos uniformados cuando protestaron los del pueblo.

—Pero tenía dos piernas —argumentó el alcalde—, y en el reparto sólo le ha tocado una.

Hubo que conformarse porque los militares, que ya son bruscos de por sí, se ponen intratables en tiempos de guerra y sólo discuten a culatazos.

Por fortuna, como no hay mal que por bien no venga, el entierro de padre nos costó la mitad que el de un adulto completo. Por dos razones: la primera, porque sus merma-dos restos cupieron holgadamente en un ataúd de reduci-das dimensiones, modelo mocito. Y la segunda, porque no hizo falta contratar a cuatro mozos que lo transportaran a hombros, pues uno solo lo transportó sin ningún esfuerzo debajo del brazo. Y con seis pesetas que le dimos de propina, fue que chutó.

Creo recordar que el pueblo se portó muy bien con nosotros y que hubo rasgos de civismo muy hermosos: La tía Honorina demostró ser una cívica estupenda, pues entregó a madre el importe total de la chapuza que le había contratado a padre. Detalle muy de agradecer si tenemos en cuenta que si bien madre había perdido a padre en el accidente, la tía Honorina perdió el establo. Y aunque un establo no es lo mismo que un señor de carne y hueso, tampoco es moco de pavo.

Por su parte, el dueño de la casa donde vivíamos, que se llamaba don Julio y tenía un apellido muy chistoso (no recuerdo bien si era Cabezón o Cabezudo), nos dijo que podíamos quedarnos en el inmueble tres meses más sin pagarle la renta.

No faltaron vecinos que contribuyeron con sus óbolos a remediar nuestra situación, porque nos quedamos con el agua tan al cuello como un puñado de ratas en un naufragio. El óbolo más gordo que recibimos fue un armario vie-